

en ambos supuestos dejarían de poderlo todo. Luego no hay mas que un Dios.

76. Si se imaginan dioses inferiores, no serán infinitos, luego serán finitos, luego contingentes, luego habrán recibido de Dios la existencia; no serán pues dioses sino criaturas. Luego el politeísmo es un sistema absurdo.

CAPITULO XIII.

Naturaleza y origen del mal.

77. Muy antiguo es el argumento que suelen proponer contra la Providencia los ateos de nuestros días: "Si hay un Dios que cuida del mundo, ¿por qué permite tantos males?" Examinemos el valor de esta objecion, que dió origen al dualismo de principios, uno bueno y otro malo, y que solo puede causar alguna dificultad por la confusion de las ideas.

78. El bien es un ser, una realidad: la nada no puede ser un bien. Pero no toda realidad es un bien para todos: no merece este nombre una realidad que trastorne la armonía del ser en que se halla: un ojo en la frente seria una realidad; sin embargo no habrá quien llame bien una monstruosidad semejante. Así pues, aunque toda realidad se pueda llamar un bien en cuanto por esta palabra se entiende un ser, no toman este nombre sino las realidades que están en armonía con la naturaleza y relaciones del sugeto á que pertenecen. La voz y la figura que son un bien para una muger ó un niño, serian una imperfeccion para un hombre.

79. La idea del bien nos aclara la del mal. La simple falta de una realidad no se llama mal: ¿quién dirá que es un mal para una flor el no ser inteligente? La falta de una realidad solo es un mal, cuando carece de ella un sugeto que debiera tenerla: la falta de razon no es mal para el bruto, pero lo es para el hombre.

80. Por donde se echa de ver que el mal no siempre consiste en la falta de una realidad, y que puede nacer de lo contrario. El ciego tiene un mal, que es *falta* de la vista; pero un monstruo con tres piés, tiene un mal que es la *sobra* de un pié.

81. Sin embargo conviene observar, que aun en tales casos, tambien el mal produce una falta: pues que la realidad sobrante no es un mal sino porque quita la *armonía*, el *orden*; y el orden en los seres es una realidad.

82. El bien absoluto bajo todos conceptos, solo se halla en Dios: el bien absoluto es la realidad infinita. El mal absoluto en cuanto opuesto al bien absoluto, parece que debiera ser la negacion absoluta; pero á esta no se la llama mal, sino nada. En este sentido diremos que no hay mal absoluto; pues que todo mal implica la perturbacion del orden en algun ser, es decir en algun bien: ya sea que falte lo que debiera haber, ya sea que sobre algo que introduzca el desorden.

83. Ahora podremos definir el mal diciendo que es: la perturbacion del orden.

84. Segun sea el orden perturbado, será la especie del mal: fisico si el orden es fisico; moral si es moral. La destruccion de uno de nuestros órganos es un mal fisico; un acto de injusticia es un mal moral.

85. Algunos llaman mal metafísico á la limitacion de las criaturas; pero esto no es un mal, es una necesidad que acompaña á las esencias finitas.

86. Fijadas de este modo las ideas, contestaremos á la dificultad. No es creible que nadie quiera hacer un cargo á la Providencia por el mal metafísico; esto es, por la limitacion de las criaturas: tanto valdria quejarse de que lo finito no sea infinito. Así pues, nos ocuparemos del mal fisico y del moral.

87. Consideremos primero el mal fisico, prescindiendo de toda relacion con las criaturas racionales. Cae un rayo sobre un árbol y le calcina; un río se desboca y arrebatada las plantas de sus alrededores; el árbol y las plantas sufren un mal porque se ha perturbado su orden particular, se ha destruido su vida. A quien culpára por esto á la Providencia, le preguntáramos si el árbol y las otras plantas eran seres aislados, y si no debían estar sujetos á las leyes generales del mundo corpóreo. Estos vegetales formaban parte de ese gran conjunto que llamamos universo; su orden especial estaba subordinado al orden general; cuando este requería que aquel fuera destruido, la destruccion se ha consumado.

88. Un artífice construye una máquina con varios sistemas de ruedas, que marchan con sus velocidades respectivas; todos estos sistemas se ordenan á un fin determinado que se propuso el constructor. Este fin escige que de vez en cuando uno de esos sistemas afecte al otro de una manera nueva, engranando por ejemplo una rueda de un sistema con la de otro, y perturbando el orden de este, acelerando ó retardando la velocidad, ó parando del todo su movimiento: ¿culpáreis por eso la sabiduría del maquinista? Porque se ha perturbado ó se ha destruido el movimiento de un sistema de ruedas, ¿direis que no hubo prevision en el autor de la máquina? He aquí lo que sucede en el mundo: en el orden general del universo entran muchos órdenes particulares, así de individuos como de especies: el orden general escige que se sacrifique uno de los particulares, y así sucede: ¿qué prueba esto contra la sabiduría que gobierna el mundo? Nada: por el contrario, la manifiesta y confirma.

89. ¿Pero cuál es, se nos dirá, la utilidad de esos males particulares? ¿Cuál es el bien que de ellos resulta en favor del orden general? No conociendo perfectamente el conjunto de las leyes que rigen el mundo, no podemos saber en muchos casos cuál es el efecto que un fenómeno particular produce en bien del orden general; pero nuestra ignorancia no nos autoriza para negar este efecto. A medida que adelantan las ciencias se van descubriendo nuevos arcanos en las relaciones de la naturaleza, y se van conociendo fines especiales que antes se ignoraban; ¿qué sucedería si pudiésemos abarcar de una ojeada todo el sistema del universo? Veríamos un orden admirable allí donde se nos ofrecía un desorden; veríamos que la armonía se afirmaba y estendía, cuando nosotros creíamos que se perturbaba.

90. Estos pequeños desórdenes lo son únicamente cuando se los considera en su aislamiento, pero las partes del universo no pueden mirarse como aisladas sino unidas, trabadas íntimamente, conspirando todas á un fin. Cuando se consideran los objetos por sí solos, todo se perturba. Figurémonos que las yerbas de un prado donde están pastando los ganados tuviesen inteligencia, pero no conociendo otro bien que el suyo: al ver que el ganado las siega sin piedad para sepultarlas en su estómago "¡qué atrocidad! esclama-

marian. ¿Quién gobierna el mundo! ¿Qué desorden es este! ¿Qué injusticia! Y sin embargo, si el pobre ganado no encontrase yerba, se pondría flaco y macilento; y en tal caso, tampoco podríamos nosotros regalar la mesa con carnes succulentas y sabrosas. Hay aquí una escala; lo uno se ordena á lo otro; el mal en un orden subalterno es un bien en un orden superior; todos los eslabones de la cadena solo los conoce el que tiene en su omnipotente mano el primero y el último.

91. No es difícil templar la *compasion* del ateo por los infortunios de los vegetales; pero ¿quién podrá consolarle, si llegamos á tratar de los animales? ¿Cómo es que á estos infelices vivientes se los haya sometido á tan crudos padecimientos? ¿Por qué la Providencia no los ha cesimido de todos los dolores dejándolos retozar alegres en medio de goces continuos? ¿Acaso no podría proporcionarles á todos abundancia de sabrosos alimentos, de bebidas refrigerantes, de guaridas abrigadas, ó, lo que hubiera sido mejor, hacerles disfrutar de una perpetua primavera?

A esta objecion contestaremos con la respuesta anterior, ampliándola empero con algunas observaciones.

Supongamos que las leyes generales del mundo cesigen que caiga un aguacero sobre una comarca; segun el ateo debia Dios suspender las leyes hidráulicas, para que el agua no mojase los nidos y no se filtrase en las guaridas de las fieras, ó no bañase con demasia las espaldas de los ganados del campo. *¡Risum teneatis!*

Tocante á los alimentos hay la dificultad que, por ejemplo, el lobo no se contenta sino comiendo la carne de la oveja, y esto no se hace sin matarla; el halcon tampoco se contenta sino con las blandas carnes de la paloma, lo cual tampoco se puede hacer sin efusion de sangre inocente.

El quitar la variedad de las estaciones con el objeto de evitar á los animales el frio y el calor, traeria consigo la perturbacion del sistema astronómico; no será tan cesigente el ateo; parece que la Providencia ha hecho bastante vistiendo á unos con tupido plumaje, á otros con espeso pelo, á otros con vellosa y caliente lana; con darles á todos los instintos necesarios para preservarse de la intemperie en las respectivas estaciones, y con llevar su solicitud hasta el punto de comunicar á los mas débiles el admirable instinto de la transmigracion, para que, á manera de gente mimada, busquen en la variedad de los climas el temple que mas conviene á su salud y comodidad.

En cuanto á los dolores que sufren los animales, son generalmente pocos, escepto cuando caen en nuestras manos: y de esta responsabilidad tampoco se cesime el ateo. Es de notar la buena salud de que disfrutan generalmente, hasta que los sorprende una muerte prematura, ó acaban consumidos por la vejez. Hay dolores que nacen de su misma organizacion; y la facultad de sentirlos les es necesaria en muchos casos para conservar su vida. La naturaleza les ha dado sensaciones ingratas para que se apartasen de lo que les daña; si el animal no sintiese los rigores de la intemperie, no se guardaria de ellos y pereceria.

92. Algunas de las observaciones anteriores pueden aplicarse tambien al hombre; quien, aunque racional, no deja de estar sometido á las necesidades de su organizacion. Ademas, por su libertad de albedrío, abusa con harta frecuencia de los dones de la naturaleza, y multiplica sus males físicos; y como por otra parte su estado social trae consigo un nuevo género de rela-

ciones, experimentamos á mas de los dolores del cuerpo los contratiempos de la fortuna. Si debiésemos considerar al hombre limitado á la tierra, defenderíamos á la Providencia con las razones anteriores; diríamos que es un ser que contribuye con los otros al orden general, y que por consideracion á él solo no se deben alterar las leyes del universo. Pero el valor de esta razon sube de punto si se considera que el hombre es un ser intelectual y moral, que los males que sufre pueden servirle de prevencion contra el vicio, y de pena cuando merezca ser castigado; que en el sufrimiento se le ofrece un vasto campo para mostrar la fortaleza y desplegar las facultades superiores que le distinguen de los brutos animales; que siendo criatura racional no se le han debido fijar como á los irracionales, las inclinaciones para satisfacer las necesidades de la vida; que esta misma amplitud produce naturalmente la facilidad en el exceso, y por consiguiente los padecimientos; y que en fin, sobre todas estas consideraciones hay la enseñanza de la religion, acorde con las tradiciones de todos los pueblos, que nos habla de una caida primitiva, de una degeneracion del humano linaje, y que nos da con esto una nueva clave para explicar el mal, ilustrando á la filosofia con la narracion de los acontecimientos que perturbaron la armonía universal en el origen del mundo.

Esto nos conduce á tratar del mayor de los males, del moral, que consiste en la infraccion de las leyes impuestas por el Criador á todas las criaturas intelectuales.

93. Dios podria impedir el mal moral, ¿por qué lo permite? Este es otro de los argumentos que se objetan á la Providencia; para desvanecerle bastará fijar las ideas:

El mal moral, ó el pecado, envuelve dos condiciones: ley moral y libertad en su infraccion: si no hubiese ley moral no habria mal moral; si no hubiese libertad en la infraccion no habria pecado. Nadie culpa al niño que no ha llegado al uso de razon, ó al infeliz demente que la ha perdido.

En el supuesto de que hubiese seres intelectuales, debia estar vigente para ellos la ley moral: lo contrario es absurdo; era imposible que Dios, ser infinitamente santo, criase seres intelectuales, esentos de toda ley moral; tenemos pues en primer lugar que la ley moral no podia menos de regir en el mundo; pretender lo contrario seria querer que Dios no hubiese criado seres intelectuales.

Un ser inteligente debia estar dotado de libertad de albedrío: por lo mismo que es capaz de considerar los objetos bajo aspectos diferentes, de proponerse varios fines, y de aspirar á ellos por distintos medios, era preciso que tuviese libertad, sin la cual no hay eleccion. Estendiéndose la ley moral á todos los actos de la vida, podia la criatura no querer lo que ella manda, ó desear lo que ella prohíbe; no hacer lo primero, ó ejecutar lo segundo, y por consiguiente cometer una infraccion de la ley. La razon de esto se halla en la misma limitacion de la criatura.

Resulta, pues, que supuesta su cesistencia, la criatura intelectual podia pecar; y que para evitarlo era preciso que se la despojase de la libertad de albedrío, esto es, que se mutilase su naturaleza. He aquí donde viene á parar el argumento contra la Providencia: á la alternativa de cesigir que Dios no criase ningun ser intelectual ó que los criase sin libertad. Así, pues, esta dificultad tan ponderada se reduce á las mismas dimensiones que las

anteriores ; nace, como ellas, de la contemplacion de un órden especial, aislándolo del general ; no atiende á la necesidad de la existencia de la ley moral y de la libertad de albedrío, en el supuesto de haber criaturas intelectuales ; es decir, que prescinde de dos grandes hechos : la ley moral y la libertad ; se olvida de otros dos hechos que son como los polos del mundo intelectual : el mérito y el demérito.



ETICA.

PROLOGO.

Etica llamo á la ciencia que tiene por objeto la naturaleza y el origen de la moralidad. Cuál sea el verdadero sentido de la palabra moralidad, no se puede explicar aquí ; pues que á ello se dedica una parte considerable de este volúmen. Algunos han dado á la ética el título de *arte de vivir bien* : lo cual no parece esacto, pues que si se reuniesen todas las reglas de buena conducta, sin acompañarlas de ecsámen, formarían un *arte*, mas no una *ciencia*.

Fácil me hubiera sido escribir un grueso volúmen de ética ó filosofía moral : es materia en que las riquezas abundan, y se las puede tomar de otros, sin que se conozca el plagio ; pero he preferido reducir el tratado á pocas páginas, ya porque lo requiere el género de la obra, ya tambien porque las ideas, para germinar, conviene que no estén desleídas. Lo que importa es asentar los principios, é indicar con claridad y precision el modo de aplicarlos : ciertos pormenores corresponden á una obra de moral, pero no á una filosofía moral. La palabra filosofía, espresa aquí, ecsámen y análisis de los fundamentos de la moral y de sus conclusiones capitales : si se quisiese descender á las últimas consecuencias, seria preciso contar con mas tiempo del que suele emplearse en esta enseñanza.

Se notará que no trato separadamente ni del sentido ni del sentimiento moral : solo hablo de ellos, cuando la materia respectiva va ofreciendo la ocasion. Si por sentido moral se entiende la percepcion instintiva de ciertas relaciones morales, queda incluido en el sentido comun, del cual forma un ramo ; si se le quiere tomar en